

nenosos que le causan muchas veces la muerte, les ofrece en sacrificio los manjares más delicados al pie de sus viviendas, adora las piedras y las plantas, y celebra una fiesta anual de una yerba muy común, llamada *darba*.

Sin embargo, un misionero francés acaba de descubrir en los libros originales de la India sobre la astrología y la astronomía tradicionales del país, que mucho antes de Descartes, Galileo, y quizá Pitágoras, los indios aplicaban el álgebra á la geometría, discutían en sus escuelas sobre el movimiento de la tierra que resulta de su rotación diurna, y sobre su eje en el centro del espacio; se ocupaban también de la causa de la caída de los graves, y comparaban la tierra á una piedra de imán; calculaban los senos y los cosenos, y formaban sus tablas; por último, demostraban como cosa muy sencilla que la suma del cuadrado de cada uno de los lados de un ángulo recto, en un triángulo, es igual al cuadrado de la hipotenusa (1).

Hace ya más de setenta años, la filosofía del siglo XVIII, dueña entonces de los destinos de Francia, inventó un calendario en que cada día estaba consagrado, no tan sólo á un santo ó santa, si que también á un animal, á una planta y á una herramienta. Esta obra era más propia de los filósofos de la India, quienes en más de una ocasión adoraron á su pala y azada, y en cierta festividad cada uno ofrecía un sacrificio á todas las herramientas de su profesión. En el calendario filosófico, la vaca y el buey ocupaban un lugar muy distinguido; este último era el principal personaje de una de las grandes solemnidades del año. En la India hay festividades muy parecidas en honor de la una y del otro. La vaca, sobre todo, es allí tan sagrada, que matar una ó comer su carne es un crimen mucho mayor que matar á un hombre, aun cuando éste sea su padre ó su madre. Más aún: la orina de la vaca es entre los indios agua lustral, no solamente para lavarse, si que también para beber. Finalmente, la dicha más grande para un brahman, el medio infalible de ir derechos al paraíso estos famosos filósofos de la India, es morir asidos á la cola de una vaca (2).

Hace más de setenta años que la filosofía triunfante adoraba á la razón, es decir, se adoraba á sí misma en la persona de una prostituta desnuda. Ahora bien; después de muchos siglos, la filosofía de la India, reuniendo todo lo que tiene de más obscuro en orden á la prostitución y á la licencia, hace de ello un objeto de adoración en los altares, y un adorno de devoción que las mujeres llevan al cuello. No hay templo de alguna importancia que no tenga á su servicio un cierto número de cortesanas. La distinción de las castas, la abstinencia de la carne, etc., tan severamente prescritas por otra parte, desaparecía completamente en ciertas

(1) *Anales de filosofía cristiana*, 3.^a serie, t. XVII, página 26; *Astronomía india, según la doctrina y los libros antiguos y modernos de los brahmanes*, por M. el abate Guérin: París, 1847.

(2) Dubois, *Costumbres é instituciones de los pueblos de la India*, t. II, pág. 203.

fiestas abominables, en las que brahmanes y párias confundidos cometían públicamente todas las infamias de que injustamente se acusó á los primeros cristianos (1).

Tal es, pues, sin hablar de otras muchas sectas repartidas por la India, lo que son los brahmanes y los samaneos, estos filósofos tan pretenciosos de la antigüedad, estos oráculos, á quienes iban á consultar los filósofos de la Grecia. En ellos vemos lo que dijo San Pablo: «Son inexcusables, pues aunque conocieron á Dios, no le glorificaron como á Dios, ó dieron gracias; antes se desvanecieron en sus pensamientos y se oscureció su corazón insensato, porque teniéndose ellos por sabios, se hicieron necios y mudaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de sierpes. Por lo cual los entregó Dios á los deseos de su corazón, á la inmundicia; de modo que deshonraron sus cuerpos en sí mismos, los cuales mudaron la verdad de Dios en la mentira, y adoraron y sirvieron á la criatura antes que al Criador, el cual es bendito por los siglos. Amén.» Por esto los entregó Dios á pasiones vergonzosas (2).

Los filósofos de la India son tanto más inexcusables, cuanto que la Providencia les ha proporcionado más medios de conocer la verdad. Entre los hijos de Noé, Sem recibió las mayores bendiciones; el nombre de Sem es conocido y reverenciado por los brahmanes; le tienen por un título glorioso, y le invocan en las ocasiones solemnes. Algunos sabios opinan que los antiguos samaneos tomaron este nombre de Sem, y que ellos eran además la raza privilegiada del mundo patriarcal (3). Cuando los hijos de Israel fueron dispersados por toda el Asia para dar á conocer las maravillas de Dios á las naciones que lo ignoraban, cuando Daniel estuvo tanto tiempo al frente de los sabios de la Caldea y de la Persia, la India pudo fácilmente volver de nuevo al conocimiento y culto del Dios de Sem; cuando en tiempo de Esther y Mardoqueo la gloria del Dios vivo se anunció por medio de edictos públicos á las ciento veintisiete provincias del imperio persa, la India también estaba comprendida en ellas. De sus incompletas tradiciones resulta también que todo esto produjo algún efecto, porque hacia esta época los samaneos hacen grandes esfuerzos para perfeccionar la doctrina de los brahmanes. Vecinos de la Persia, cuyos peregrinos iban á Jerusalén á oír la primera predicación de San Pedro, es imposible que los indios no hayan oído hablar desde entonces de Jesucristo. El apóstol Santo Tomás dijo que había predicado en la India; el apóstol San Bartolomé que llevó á la India un ejemplar del Evangelio de San Mateo, cuyo Evangelio se encontró en poder de muchos fieles cien años después por el filósofo San Pantenes, que, á petición de los pueblos de la India, fué á este

(1) Dubois, t. I, pág. 403.

(2) Rom., 2, 20, 26.

(3) Windischmann, pág. 735.

país á defender la doctrina de Jesucristo contra la de los brahmanes (1).

Como los samaneos eran enemigos de estos últimos, es probable que adoptaran el Cristianismo, si no en su totalidad, al menos en parte. De aquí los rasgos tan conocidos que de la vida de Jesucristo se hallan en la leyenda de Buddha ó de Fo. Además, un sabio orientalista llegó á considerar el buddhismo como un cristianismo degenerado. Le ha parecido que los historiadores chinos confundieron muchas veces á los cristianos con los buddhistas, y que cuando en el año 65 de la era cristiana, un emperador de la China envió embajadores al Occidente para informarse de la venida del santo que habla Confucio, con cuyo motivo se introdujo en la China el culto de Fo, se trató allí de la predicación del Cristianismo, que desde entonces se introdujo en la China por el intermedio de la India; pero falta de misioneros que se sucedieran en esta tarea, degeneró paulatinamente en supersticiones (2).

Hoy la India ve sobre sus costas algunos obispados católicos, y muchas misiones en el interior del continente. Hay provincias donde la mitad de las congregaciones cristianas se compone de párias. Parece que Dios quiere hacer por este país lo que ha hecho por todo el universo: elegir lo que hay de más humilde en el mundo para confundir á los sabios; lo que hay de más innoble, más despreciable y pequeña para destruir lo que existe, para que nadie se glorifique en sí mismo sino en él (3).

LA CALDEA Y LA PERSIA.

Los caldeos eran los filósofos de Babilonia. Tuvieron á su frente al profeta Daniel, que les salvó la vida cuando Nabucodonosor dió orden para que se les diera muerte; vieron á sus compañeros arrojados en el horno, y al mismo Daniel dos veces en la fosa con los leones, por no adorar los ídolos y permanecer fieles al culto del Dios vivo. No debían ignorar el Dios verdadero. Es opinión generalmente admitida de que reconocían también un Sér Supremo, padre y señor de todas las cosas. Hemos visto cómo el caldeo Beroso cuenta que Dios, á quien llama Bel ó Señor, creó el cielo y la tierra. San Justino, Eusebio, Porfiro, citan un oráculo, según el cual los caldeos corren parejas con los hebreos por la santidad del culto que rendían al Rey eterno; sólo los caldeos, se ha dicho, tuvieron la sabiduría como patrimonio común con los hebreos, rindiendo un culto puro á Dios, que es el Rey que subsiste por sí mismo (4).

(1) Euseb., *Hist. ecle.*, lib. V, cap. 10.

(2) Deguignes, *Investigaciones sobre los cristianos establecidos en la China en el siglo sétimo*, Mem. de la Acad. de las Inscrip., t. LIV, in 12.

(3) 1, Cor., 1, 27, 29. *Sed quæ stultia sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia; et ignobilia, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt destrueret, ut non gloriatur omnis caro in conspectu ejus.*

(4) Just., *Cohort. ad gentes*; Euseb., *Dem. ev.*, libro III; Porph., *Vita Pythag.*

Pero este elogio no puede ser admitido sino con grandes restricciones. En los tiempos de Daniel adoraban en Babilonia, bajo el nombre de Belo, un ídolo de madera, que al decir de los caldeos, que eran sus sacerdotes, gastaba todos los días doce medidas de harina, cuarenta ovejas y seis ánforas de vino; veíase también allí al dragón ó gran serpiente, y sobre todo, en la carta de Jeremías se ve que había allí muchos dioses de oro, plata, piedra y madera, que eran llevados á hombro y adorados por la multitud; estos ídolos estaban coronados y vestidos de púrpura, y perfumados de incienso. Sus sacerdotes, que eran filósofos caldeos, estaban sentados en sus templos, con la barba cortada, la cabeza afeitada y descubierta, sus vestidos desgarrados, y lanzando gritos como si llorasen la pérdida de alguna persona que hubiera sucumbido. Se ve, en particular en esta carta, como también en los autores profanos, que había en Babilonia un ídolo infame, en honor del cual todas las mujeres debían prostituirse con los extranjeros, al menos una vez en su vida (1).

La gloria de los filósofos caldeos era el conocimiento de los astros; se consagraban á este estudio desde tiempos inmemoriales. Pero su objeto en este estudio no era precisamente lo que nosotros llamamos propiamente astronomía, ciencia de los astros y de sus fenómenos naturales. Diodoro de Sicilia (2) dice que en su tiempo, sesenta años antes de Jesucristo, estos filósofos no se sentían todavía capaces de predecir un eclipse de sol. Era lo que nosotros llamamos astrología, ó arte de predecir por los aspectos, posiciones ó influencias de los cuerpos celestes los sucesos futuros, no solamente de aquellos que tenían alguna relación con la atmósfera, tales como los cambios de los tiempos y los vientos, las tempestades, sino que muy especialmente lo que no tenía ninguna relación, como el éxito de una guerra, la suerte de un imperio, el destino de una criatura que nace, y los días faustos ó infaustos para emprender algún negocio. Tenían en esta pretendida ciencia tal reputación, que todos los que se distinguían se llamaban caldeos, cualquiera que fuera su patria. Hacían además profesión de entender el vuelo de los pájaros, la interpretación de los sueños, toda especie de adivinación y presagio, y los encantos para ahuyentar la desgracia y adquirir la felicidad. Tales eran los filósofos de la Caldea en los autores griegos y latinos. Los profetas los describen con los mismos caracteres. Isaías dijo en Babilonia: «Tu sabiduría y tu ciencia se han perdido, y dijiste en tu corazón: Yo soy, y nadie hay como yo. Los males te agobiaron antes que puedas presentírtelos. No sabrás de dónde te viene tanta desgracia. Estáte con tus encantadores y con la muchedumbre de tus maleficios, en que te has fatigado desde tu juventud, para ver si acaso te aprovecha alguna cosa, ó si puedes ser más fuerte. Tú perdiste en la multitud de tus consejos: vengan, y sál-

(1) Baruch, 6.

(2) Diod., lib. II, cap. 31.



vente los agoreros del cielo, que contemplaban las estrellas y cantaban los meses, para anunciar por ellos las cosas venideras (1).»

Desde la venida de Jesucristo, los descendientes de los antiguos habitantes de la Caldea se hicieron cristianos. Profesaban la mayoría algunos errores, más bien por ignorancia, que por mala fe. El año 1606 se hallaron dos caldeos entre los pobres, á quienes el papa Paulo V lavó los piés el jueves santo. De vuelta á su país, contaron á su patriarca, que lleva el título de patriarca de Babilonia, con qué paternal ternura habian sido recibidos por el sucesor de San Pedro; le ofrecieron, por su parte, algunos presentes, y la profesion de fe que se da á los peregrinos que van á Roma. El patriarca, de comun acuerdo con los obispos y arzobispos de su nacion, mandó al superior general de los religiosos caldeos á Roma para que renovara con la madre de las iglesias las relaciones de piedad filial, que frecuentes en otros tiempos, segun constaba, decia él, en los anales de aquel país, habian sido interrumpidas por las dificultades de los tiempos.

Escribía en su carta: «Ved, oh Padre comun de los fieles, por la profesion de fe que deseo lleve á vuestra santidad, si hay en ella algun fraude ó algun error, y si se aparta en alguna cosa de nuestra Madre la Iglesia romana; avisadnos y obraremos segun aviso; enseñadnos y obedeceremos.»

Llegado á Roma el legado, permaneció en aquella ciudad tres años, y reconoció, de acuerdo con la iglesia romana, que en el fondo se servian sus compatriotas por ignorancia de algunas expresiones heterodoxas, y se volvió á su patria con gran número de presentes en ornamentos, en libros caldeos y árabes para el patriarca y sus sufragáneos, quienes aprobaron cuanto se habia hecho (2).

En nuestros dias el obispo católico de Babilonia, que es europeo y reside en Bagdad, es como el representante de la Santa Sede en la Caldea y en Persia. Los caldeos católicos, en número de unos ciento cincuenta mil, tienen un patriarca, cuatro arzobispos y cinco obispos. La Persia antigua tenia tambien sus sabios ó filósofos: eran estos los magos, que formaban una especie de corporacion, originaria, segun parece, de la Media y de la Bactriana, cerca de la India. Segun los antiguos autores, el nombre de aquellos era el de *sábios, sacerdotes, teólogos*, porque eran á la vez filósofos, teólogos y sacrificadores (3). Su autoridad era grande. El rey no podia subir al trono sino despues de haber sido iniciado en sus doctrinas y agregado á su orden (4): eran sus principales consejeros y los preceptores de sus hijos. Darío, hijo de Histaspes, uno de los más grandes reyes de la Persia, ordenó que se pusiera en su tumba, entre otros títulos, el de que habia sido doctor en la orden de los magos. Tu-

(1) Isaías, 47.
(2) Petri Strozzi, *De dogmatibus Chaldecorum. Roma*, 1617.
(3) Porph., *De abst.*, l. IV; Apol., l. I.
(4) Cic., *De divin.*, l. I.

vieron tambien por jefe á Daniel en los reinados de Darío el Medo, y en el de Ciro. Bajo el reinado de Cambises, uno de ellos, Esmerdis, subió á ocupar el trono simulando ser hijo de Ciro, al que se parecia mucho, y al que su hermano Cambises habia hecho dar muerte. Descubierta la impostura, se dió muerte al mago y á gran número de los suyos. En el reinado de Darío, hijo de Histaspes, llegó otro sabio á reparar esta desgracia restableciendo el crédito y el orden.

Este fué Zoroastro, Zerdochs ó Zerestestro. Entre los orientales unos le hacen discipulo de Daniel, otros de Ezequiel ó de Esdras, otros hay tambien que le hacen de un judío (1). Es considerado como el restaurador del magismo. Cuando Jerjes entró en Europa y en Grecia, iba acompañado del jefe de los magos, que se llamaba Hostanes, y que segun Plinio infundió entre los griegos la pasion de la magia (2). Del Oriente vinieron los magos para adorar á Cristo recién nacido; el primero de los heresiarcas se llamaba Simon el Mago; lo que demuestra á la vez la buena y mala parte de esta corporacion de sabios. En el sétimo siglo de la era cristiana, cuando los mahometanos se apoderaron de la Persia, los que quisieron permanecer adictos á la doctrina de Zoroastro se refugiaron en la India, donde todavia hay un pequeño imperio conocido con el nombre de Parsis y Gaures (*in fieles*).

Entre ellos fué donde recogió un sabio francés, sesenta años hace, algunos libros que trataban de sus creencias y culto. Una parte se atribuye á Zoroastro; pero el todo está interpolado con trozos del sétimo siglo, de suerte que no puede saberse con precision lo que pertenece realmente á este antiguo filósofo. Sólo se ve que vivia en tiempos de Darío Histaspes.

¿Pero cuál era la doctrina de los magos, y en particular de su reformador?

Dos de los primeros apologistas del cristianismo, Minucio Félix y San Cipriano, cuentan al mago Hostanes entre los antiguos filósofos que reconocen al verdadero Dios.

El primero de los magos por su elocuencia y autoridad, Hostanes, trata al verdadero Dios con la majestad conveniente; proclama que su forma es invisible; conoce igualmente á los ángeles; es decir, á los ministros y á los mensajeros de Dios, pero del Dios verdadero; sabe que están á su presencia para adorarle, y que tiemblan á la más insignificante señal y á la vista del Señor. Da á conocer tambien á los demonios terrestres que andan de un lado á otro y son enemigos de la humanidad (3).

En cuanto á Zoroastro, Eusebio cita como perteneciente á él un pasaje, en el cual se dice que Dios es el primero, incorruptible, eterno, sin origen, sin partes, autor de todo bien, lo mejor de cuanto hay bueno, el padre de la equidad y de la justicia (4). Focio nos dice,

(1) D'Herbelot., *Bibl. orient.*
(2) Plin., *Hist. nat.*, l. XXX, c. I.
(3) Minuc. Fel., *Octav.*, n. 26; San Cipriano, *De Idol. vanit.*, IV.
(4) Phot., *Bibl.*, col. 199.



que segun Teodoro de Mopsueste, el dogma de los persas, establecido por Zaradés ó Zoroastro, consiste en que Zarnom es el principio de todas las cosas; que adorándose á sí mismo para producir á Ormuzd, produjo tambien á Satanás.

Los libros zeudas han esclarecido las palabras de Focio. Ellos nos enseñan que en la doctrina de Zoroastro, el primer principio es *Zerwane Akerenté*, el tiempo sin límites ó el eterno, que él es quien produjo ó creó á Ormuzd, autor del bien, príncipe de la luz, y á Ahrimon, autor del mal, príncipe de las tinieblas, á quien estos libros llaman tambien Sheitan ó Satanás.

Por donde se ve que los antiguos persas no admitian dos principios coeternos como algunas veces se ha supuesto, sino un solo principio eterno y supremo, y además dos principios subalternos, uno del bien y otro del mal. Entre estos dos está la lucha que segun su opinion debe durar doce mil años, terminando por la victoria del principio bueno sobre el principio malo. Manés ó Maniqueo, que enseñaba dos principios eternos é independientes, fué considerado en la misma Persia como hereje y castigado como tal.

Se ve tambien en estos libros que Ahriman no fué creado malo por naturaleza, sino que lo fué por su voluntad; que su imperio no subsistirá siempre, sino que será destruido en la resurreccion general. Hay pasajes en estos libros donde se dice que al fin se convertirá él tambien.

En su mundo de luz, Ormuzd por la palabra divina creó seis Amschaspands, de los cuales parece algunas veces ser él mismo el jefe. Son como los que presiden á la creacion. Tienen grande analogía con los siete arcángeles que la Escritura Santa nos presenta como estando de pié delante del trono de Dios (1). Hizo además un gran número de izeds, jefes y soldados del ejército celestial, y los ferveres, genios tutelares, ángeles guardianes de los hombres. En las ruinas de Persépolis y otras ciudades antiguas se ven tumbas reales, en las que se destaca encima de la figura del rey la de su ferver ó ángel protector.

Por su parte Ahriman, en su mundo de tinieblas, tiene sus devas, sus darvands ó diablos, entre los cuales hay tambien siete de los principales. El que bajo la forma de serpiente sedujo á Mesquia y á Mesquiané, primer hombre y primera mujer, el que por el pecado del hombre trajo la muerte al mundo.

Tales son los dos ejércitos que, segun la doctrina de Zoroastro, deben combatir doce mil años, combate en el cual el hombre toma parte por Ormuzd contra Ahriman, para no ser castigado con él sino recompensado por aquel.

Cuando muere un hombre, al punto los devas tratan de apoderarse de su alma, que viene á ser presa suya si obró el mal; pero si fué recto y puro, los izeds están prontos á defenderle. Despues el alma se presenta en el gran puente *Tchinnvad* que forma la barrera entre este mundo y el otro. Allí es juzgada por Or-

(1) Tobías, 12, 15.

muзд, y segun sus obras y su justicia, ó es conducida al otro lado del puente por los santos izeds á una tierra de ventura, ó queda de este lado para expiar sus crímenes.

Por último, cuando llegue el tiempo de terminar la lucha del mal contra el bien, entonces comienza la resurreccion general. Los buenos y los malos se levantan á la vez, vuelven á tomar sus cuerpos, y todo reaparece como en el primer dia de la creacion.

Los buenos se colocan con el bueno y los malos con el malo; Ahriman es precipitado en el abismo de las tinieblas y es devorado por los metales fundidos. Entonces la tierra se balancea como un hombre enfermo, las montañas descompuestas se funden en torrentes de fuego con los metales que encerraban en su seno, las almas pasan á traves de estas olas abrasadoras para borrar sus últimas manchas con esta última y terrible purificacion para hacerse dignas de la felicidad sin límites que les espera y que no tiene fin.

Y entonces la naturaleza entera es renovada: nada de tinieblas, nada de tormentos, nada de infierno; el reino de Ahriman ha concluido, y en lo sucesivo Ormuzd reina sólo; todo es ya luz. Ormuzd, á la cabeza de los amschaspands, y Ahriman, que se convierte con los príncipes de los devas, ofrecen al Eterno un sacrificio comun, y todas las cosas se hallan ya consumadas.

Hé aqui lo que hallamos en el *Zend-Avesta* ó palabra viva, obra atribuida á Zoroastro por los persas de la India (1). En cuanto á la naturaleza propia de Ormuzd, unas veces parece idéntica al Eterno y otras no. El mismo dice en algunas partes: Mi nombre es el principio y el centro de todas las cosas; mi nombre es el que es, el que es todo, el que conserva todas las cosas. Además él es el Verbo de bondad nacido del Eterno; se le llama el primer nacido de los séres, imagen resplandeciente del infinito, todo luz, y luz inmensa cuya voluntad infinitamente santa tiene su origen profundo en el sér. Fué hecho por la mezcla del agua primitiva y del fuego primitivo. Se llama *Ehore Mezdao*, es decir, el gran rey, perfectísimo, poderoso y sabio, cuerpo de los cuerpos que vivifica y alimenta todas las cosas. Es el fundamento de todos los séres, el principio de todos los principios, la ciencia y el dispensador de la ciencia y la razon (el Verbo) de todo. El Eterno le ha propuesto como rey, limitando su imperio á un período de doce mil años, y ejerce su dominacion durante este período (2). Lo mismo sucede poco más ó menos con Mithras, el mediador de los persas. Unas veces parece una produccion de Ormuzd, otras el autor del sol y su guía. Lleva tambien el nombre de Demiurgo ó creador; Mithras, se dice expresamente, ha formado el mundo; él es el autor del mundo y el autor de la creacion (3). Puede creerse, y así al ménos opinan los sabios, que los persas, y tambien los indios sus vecinos, no

(1) *Zend-Avesta, Symbolique de Creu-er*, l. 2; sobre todo las notas. Windischmann, t. 3.
(2) Creuzer, p. 321 y 699; *Zend-Avesta*.
(3) Creuzer, p. 353 y 735.



admitían en el fondo más que un Dios único y supremo, pero que se manifestaba en varias formas ó personas. Lo que lo hace más cierto es, que el Parsis moderno, cuando se ciñe su cintura, dice para sí mismo: *Dios es uno* (1), y que entre los pecados que profesa, dignos de muerte, es el de *decir que hay más de un Dios*, y también el de *adorar á los devas ó demonios* (2).

Ahora bien: los antiguos persas, ¿eran propiamente idólatras? Si por idolatría se entiende adorar como á dioses las imágenes de madera, de piedra y de metal, parece que no lo eran, porque segun Herodoto, los persas no creían como los griegos que los dioses tuvieran formas humanas, y asegura en conformidad con Jenofonte, Estrabon y otros antiguos, que este pueblo no les levantaba estatuas, ni templos ni altares. Hemos visto, por el contrario, que Jerjes destruía los templos de la Grecia, toda vez que el verdadero templo de la divinidad, como él sentía, era el universo.

Verdad es que en las ruinas de Persépolis, de Ecbatana y de Susa, de Pasargada y otras ciudades de la Persia se encuentran figuras de animales muy parecidos á aquellas de que se habla en los profetas Daniel y Ezequiel y también en el Apocalipsis; pero se conviene generalmente en que estas no son más que figuras simbólicas, lo mismo que sucede en los profetas, y cuyo sentido no ha podido descubrir por completo.

Pero los persas ¿no adoraban los elementos como el fuego, el agua, la tierra, el sol y la luna? Herodoto lo dice expresamente. Sus descendientes refugiados en la India, los parses ó parsis de nuestros días, y con ellos muchos sábios europeos, pretenden que sus adoraciones no terminaban en los elementos, sino que se remontaban hasta el Creador; que adoraban á Dios en el fuego y en el sol, y no al fuego y al sol en sí mismos como si fueran dioses. El fuego sagrado que ellos invocaban, en presencia del cual se hacían todos los sacrificios y las principales ceremonias prescritas por la ley, no era para ellos más que un emblema de la voluntad ó palabra divina que ha creado el universo y le vivifica incesantemente. El *dadgah* donde se conservaba este fuego simbólico antes de ser colocado sobre el altar, se quemó mucho tiempo sobre la tierra, y más tarde fué cuando levantaron *ateschgaris* ó templos de fuego, llamados *pyreos* por los griegos y cuyas cúpulas, una vez que libran de las inclemencias del aire al fuego sagrado, representaban la bóveda celestial, debían ser construidas de tal suerte que los vientos pudiesen libremente esparcir por las diferentes partes del mundo el agradable olor del fuego de Ormuzd. No eran estos templos, ni altares, tales como lo entendían los griegos; estos, segun los sábios, no comprendieron el sentido profundo de este culto, ni tampoco el de los ritos que á él estaban unidos (3). Pero si los griegos que no eran es-

(1) *Zend-Avesta*, t. 2, p. 4; París, 1731.
(2) *Ibidem*, p. 30.
(3) Crenzer-Guigniaut., p. 338 y 716. *Hist., univ. de los sábios ingleses*, t. 6, p. 247.

piritus de mediana capacidad no pudieron penetrar el sentido de este culto simbólico, ¿podría comprenderlo el espíritu vulgar de los persas? Difícil es de creerlo. ¿Cuántas veces no les era fácil siquiera remontarse al Creador parándose á considerar el símbolo y los elementos! No nos extrañará, pues, que se lea en Ester (1) que los persas atribuían la gloria de su imperio al poder de sus ídolos, bien se entienda con esta palabra los mismos elementos que adoraban, ó bien las imágenes que de ellos podían hacerse. Sin embargo, si en general no puede decirse que los antiguos persas no fueran idólatras, puede al menos asegurarse que no lo eran tan groseros como muchos otros. No adoraban á los genios malos ó demonios. Al contrario, en los libros de sus descendientes, los parsis, todas las súplicas, todos los votos se dirigían contra Ahriman y los suyos. Así en sus oraciones de la mañana dicen ellos á Ormuzd: «Juez del mundo, poderoso, sabio y maestro del universo, vos que le conserváis y que le habeis creado, que no haceis más que el bien y que dais la abundancia; Ahriman que nada sabe, Schetan que todo lo ignora, Schetan que nada puede, ¡oh, Ormuzd, justo juez! destruid á Ahriman» (2). Y en otro lugar: «En nombre de Dios que todo lo sabe, justo juez, Ormuzd y rey, ¡que Ahriman y los devas dejen de existir! ¡Tenedle alejado de nosotros, que sea destruido este Ahriman! ¡Los devas, los darudis, los magos, los darvands, sean tambien derrotados! ¡Que estos malos dejen de existir! ¡Que el enemigo sea debilitado! ¡Que el enemigo deje de existir, ni se conozca siquiera su nombre! (3). El persa no se contentaba con suplicar; él obraba. En tanto que el indio se concentraba en sí mismo y quedaba como absorto en la contemplación, el persa se disponía á combatir con Ormuzd y sus ángeles, contra Ahriman y los suyos. La máxima de Job era tambien la de ellos. La vida del hombre sobre la tierra es una continuada lucha (4). De aquí aquella grande actividad, aquel espíritu caballeresco, aquella noble generosidad que se nota en los antiguos persas.

Esta lucha contra el autor del mal, comienza desde el nacimiento y dura hasta después de la muerte. En el ritual de los persas, hay súplicas que van acompañadas de una especie de aspersion ó bautismo, para purificar de la mancha original á la criatura recién nacida; hay oraciones para las almas de los difuntos, en las que se hacen actos de fe por la resurrección de los cuerpos y por la futura destrucción del imperio de Muriman (5); hay tambien un gran número de fórmulas de confesion para acusarse de los pecados, bien en la presencia de Dios, ó bien delante del destur ó sacerdote. Veamos una: «Ormuzd, rey, yo me arrepiento de todos mis pecados y de todos ellos hago renuncia. Renuncio á todo pensamiento malo, á toda palabra mala y de toda mala acción, y

(1) Ester, c. 14, v. 8 y 10.
(2) *Zend-Avesta*, t. 2, p. 126.
(3) *Zend-Avesta*, p. 2.
(4) Job., 7, 1.
(5) *Zend-Avesta*, t. II, p. 551.



de todo lo que en el mundo pensé, hablé ó hice de malo. Me arrepiento de todos los pecados, de pensamiento, palabra y obra: ¡oh Dios! tened compasion de mi cuerpo y de mi alma, en este y en el otro mundo (1).» Se ve tambien por el mismo libro, que tenían exámenes de conciencia con detalles de los pecados que es necesario confesar al destur ó sacerdote, y de aquellos que son castigados con la muerte. Entre los primeros se cuentan la obstinacion en sostener que la mentira es verdad, la oposicion á la paz, el no oírse más que á sí mismo y el impedir el bien; entre los segundos, hacer el mal, decir que hay más de un Dios, desobedecer á su padre y á su maestro, adorar á los devas, sembrar la discordia entre los hombres, contradecir á la ley, afigir al hombre puro, no curar á los enfermos, no cumplir la penitencia y hacer el mal con las mujeres (2).

Hé aquí lo que hay de más notable entre los libros de los parsis. Puede creerse que hay más de una idea tomada de los judíos y de los cristianos.

Hay tambien entre ellos algunas supersticiones; pero muchísimas ménos que en otros. Por ejemplo, los indios emplean la orina de la vaca ó de buey á guisa de agua lustrosa; además, como el fuego es para ellos un elemento sagrado, es un enorme sacrilegio mancharle con el hálito. Se sabe tambien por otros monumentos, que el culto de Mithras, al ménos en cierta época, iba acompañado de sacrificios humanos.

En cuanto á los persas en el sétimo siglo, no abandonaron su país, la mayor parte abrazaron el mahometismo, que en el fondo no es más que una herejía ó secta cristiana, católica en la unidad de Dios, arriana en la trinidad de personas y judía en muchos de sus ritos.

Por lo que hace á los magos, sus antiguos filósofos degeneraron muy pronto en el magismo. Hasta se ve uno tentado á creer que desde su origen, la magia formaba uno de sus principales estudios. Lo que hay de cierto es, que casi todos los antiguos autores que hablan de Zoroastro y de Hostanes, no lo hacen sino á propósito de las artes y de las operaciones mágicas.

Finalmente, como el nombre propio de filósofos de Babilonia y el nombre de Caldeo, fué para los griegos y latinos sinónimo de astrólogo y de adivino, así el nombre de sábios de la Persia, el nombre de mago, fué para los mismos sinónimo de mago y hechicero. La vergonzosa degradacion de estos filósofos, fué tanto más criminal por su parte, cuanto que Dios les habia dado sobre esto todas las luces necesarias. Desde Tobias, Daniel Mardoqueo y Esdras, que ardian entre ellos como resplandecientes antorchas, sabían lo que era la verdadera sabiduría, y sabían tambien dónde se hallaba la pura doctrina. Los que de entre ellos fueron á Bethlem para adorar á Cristo, la predicaron, sin duda, con la palabra y con el ejemplo. Los elamitas, provincia central de la Persia, que habian asistido á la maravillosa predi-

(1) *Zend-Avesta*, p. 35.
(2) *Ibidem*, p. 30, 33.

cacion de San Pedro, fueron para ellos nuevos mensajeros de salvacion. Varios apóstoles anunciaron la buena nueva en su país. La primera epístola de San Juan llevaba en otro tiempo en su inscripcion á *los partos*, lo mismo que á los persas.

En el siglo IV habia ya entre ellos una cristiandad floreciente. Un obispo persa ocupó la silla episcopal en el concilio de Nicea, 325, y otro en el concilio de Jerusalem, 335. Entonces los magos, envidiosos al ver que triunfaba otra doctrina que la suya, acusaron á los cristianos cerca de Sapor, rey de Persia, de estar en inteligencia con los emperadores de Constantinopla, y por esta causa no seguían la religion del rey. Sapor les escuchó y dió crédito á las acusaciones de los magos, y mandó martirizar á treinta obispos, entre los cuales se hallaba el obispo de Susa y el arzobispo de Seleucia ó Ctesifon, y con ellos grandes oficiales de la corona, dos príncipes, de los cuales uno, Hormisdas, era de la familia de los Aquemenidas, la más antigua dinastía de la Persia, y además un tan considerable número de fieles, que se conocían seis mil por sus nombres, y que un historiador persa los hace subir hasta doscientos mil. Esta persecucion duró de treinta á cuarenta años: otra comenzó un siglo despues bajo el rey Varanes.

En las actas de los mártires de Persia se ve que los magos se hacen delatores, testigos, jueces y verdugos: «Pronto, decían ellos á Sapor, no se adorará más al sol, ni al aire, ni al agua, ni á la tierra, porque los cristianos desprecian esta adoracion y la insultan.» No es que ni el rey, ni los magos creyeran en el fondo que todas estas cosas no eran criaturas: «¿Por qué, ¡miserable! dice el segundo perseguidor Varanes á un mártir, Santiago, por sobrenombre el Interciso, porque fué cortado en pedazos, por qué no adoras al sol, ni á la luna, ni al fuego, ni al agua, estas ilustres producciones de la Divinidad?» «Sabia él bien, y lo mismo sus filósofos, que Dios creó todas estas cosas, y que por consiguiente, nada de esto era Dios; y sin embargo, adoran á la criatura antes que á Dios, Creador, y quieren que todo el mundo sea tan absurdo é impío como ellos? ¡Y hacen perecer con horribles tormentos á los que rehúsan tales adoraciones! (1).

¿Pero puede creerse que los filósofos obraran de esta suerte? Un filósofo del décimooctavo siglo nos dice, hablando de los de su tiempo: «Cuando los filósofos estuvieran en estado, de descubrir la verdad, ¿quién de ellos se tomaría interés por ella? Todos saben que su sistema no está mejor fundado que los otros; pero le sostienen porque es de ellos. No hay siquiera uno que llegando á conocer lo verdadero y lo falso, no prefiriese la mentira que él ha inventado á la verdad que otro ha descubierto. ¿Dónde está aquel filósofo que para gloria suya no engañaría á todo el género humano? (2).» Así habla de sus compañeros en la ciencia. Y trein-

(1) Tillemont., *Hist. ecle.*, t. VII y XII; Estéban Asemán., *Ac. mari. orient.*
(2) Emilio de Rousseau. Continuacion del l. 4.